

La naturaleza está á punto de agotar sus fuerzas, y el hombre en los límites de su poder. El antiguo movimiento continúa en ambos, pero su fuego, su calor, su potencia, disminuye cada vez más.

Así se comprende cómo, en definitiva, es mirado como cierto por todos los pueblos y todos los tiempos, que la humanidad retrocede. Y en realidad, esto es también exacto. Allí donde el mundo queda reducido á las solas fuerzas humanas y á medios puramente humanos, hay agotamiento progresivo, después suspensión, y finalmente retroceso. Éste se puede producir lentamente, de una manera imperceptible, pero sea lo que se quiera, es una suerte, es un destino que no puede ser evitado. Y si nunca una hipótesis filosófica ha sido confirmada por los hechos, es ciertamente ésta, á saber, que todas las épocas de la historia llegan al mismo resultado.

4. La cuestión decisiva: el Cristianismo ¿es solamente el progreso de la civilización natural ó una revelación inmediatamente sobrenatural?—Hemos debido hacer esta exposición preliminar, introducción á toda historia de la civilización, antes de abordar la empresa que nos hemos propuesto en esta conferencia, á saber, la cuestión de las relaciones entre el Cristianismo y la civilización puramente humana.

Sabido es que la religión cristiana se gloria de haber hecho conocer un mundo completamente nuevo, independiente de la evolución puramente natural de la humanidad. En otros términos, reivindica el honor de no ser únicamente un progreso humano, sino una fundación sobrenatural de Dios, llamada á llenar las lagunas que quedaban en la civilización puramente humana, y destinada además á elevar á la humanidad á un grado mucho más alto que el que puede alcanzar por su propio esfuerzo. Pero sabido es que esta concepción de su fe provoca también en el mundo muchas contradicciones. Con razón puede decirse que el principio de que el Cristianismo es un orden nuevo, sobrenatural, una creación proveniente directamente del

mismo Dios, es el que choca más entre todos los que hemos resuelto defender. Aceptaríase todavía la religión cristiana como desarrollo más elevado de la civilización humana, como continuación, y aun como perfeccionamiento, del progreso de que es capaz el hombre; pero desde el momento en que reivindica la gloria de ser una fundación de Dios, sobrenatural, autónoma é independiente del perfeccionamiento puramente humano, pierde ella todo derecho á la tolerancia del mundo, y cualquiera que ose atribuirle esta preferencia, debe disponerse á caer bajo el mismo anatema.

Las flores más hermosas de la Iglesia, dícese sin el menor embarazo, han brotado de una raíz natural. La Iglesia no ha podido crear nuevas facultades en el hombre, sólo ha podido utilizar las que existían, pero nada tiene de común con las cosas sobrenaturales. ⁽¹⁾ El que no comprenda que el Cristianismo es fruto maduro del judaísmo y del paganismo gastado, ⁽²⁾ que Cristo no es más que la encarnación viviente del helenismo y de las ideas galileas, que acabaron su fermentación bajo la influencia del sol de Roma; el que no vea que su grandeza extraordinariamente humana, considerada con relación á la situación del mundo en aquella época, es expresión de una obra natural en sí misma y en su propagación; el que no comprenda que, sin Cristo y su doctrina, el mundo se hubiese también perfeccionado en virtud de su propio progreso, ⁽³⁾ éste debe callarse, porque la ciencia no es su fuerte. En una palabra, el que quiera hoy predominar en el mundo y ambicione el título de sabio, debe admitir el principio de que el Cristianismo fué un acontecimiento necesario en la época en que apareció; tan necesario, que, si San Pablo no lo hubiese fundado en su forma actual, otro lo hubiese hecho necesariamente y bajo la misma forma. ⁽⁴⁾

(1) Wackernagel, *Das deutsche Kirchenlied*, II, Vorr. p. XII.

(2) Zeller, *Vorträge und Abhandlungen*, II, 191.

(3) Havet, *Le christianisme et ses origines*, (2) I, *préf.*, p. XIV.

(4) J. G. Fichte, *Grundzüge der gegenwärtigen Zeitalters*. 13 Vorles. (G. W., VII, 190 sp.).

He aquí el tema en torno del cual giran por el momento, más que sobre cualquiera otro, toda especie de variaciones. En tanto que hasta un escritor judío confiesa que, dificultades casi insuperables se oponen á la apreciación de esta cuestión, y que el que no quiera ver en el origen y extensión de la Iglesia un acontecimiento extraordinario, debe estar cegado por los prejuicios y poco familiarizado con la historia. ⁽¹⁾ Hay hombres que se vanaglorian de penetrar más profundamente en la naturaleza del Cristianismo y escriben obras sin número sobre el Cristianismo primitivo, sobre la vida de Cristo, sobre los tiempos apostólicos, sobre la historia del Nuevo Testamento, sobre la época imperial de Roma, sobre la historia de las costumbres en la antigüedad y sobre muchas otras cosas, las cuales tienen el propósito oculto de exponer que, en el fondo, nada es más natural que el Cristianismo, y que hubiese sido un verdadero milagro que no hubiera nacido, como en realidad ha sucedido.

Esto recuerda, de la manera más notable, esa enfermedad intelectual que ya hemos notado con motivo de las robinsonadas y de la literatura diabólica.

Los que más sufren con ella, fuera de los candidatos á un plaza entre los inmortales franceses, son los profesores protestantes de teología, los cuales trabajan esta materia con tal celo, que casi podría creerse que temen perder su causa, si dejan solamente una sombra de grandeza sobrenatural á Cristo y á su obra. De aquí el entusiasmo por Lessing, cuyas doctrinas son tenidas por ellos como dogmas más innegables que todas las sentencias de la Sagrada Escritura. Si la divinidad, dicen con aquél, pudiera ser considerada como la educadora de la humanidad, preciso sería, sin embargo, para poner límites á esta opinión, pensar primeramente, que la educación no da nada al hombre que éste no pueda adquirir por sí mismo, si quiera sea lentamente y á fuerza de mucho trabajo; ⁽²⁾ y, en

(1) Jost, *Gesch. des Judenthums*, I, 394 sp.

(2) Lessing, *Erziehung des Menschengeschlechtes*, 54.

segundo lugar, que la educación no puede durar más que la menor edad, y que es dañina, si se la prolonga por más tiempo. ⁽¹⁾

Aquí se encuentra, propiamente hablando, el punto de resistencia, en la campaña que hemos emprendido; aquí debe librarse la batalla decisiva; aquí es donde los adversarios del Cristianismo nos la ofrecen, y aquí es donde la aceptamos. El que en este punto está á nuestro lado, puede pronunciar el nombre de Cristo como grito de guerra; el que, por el contrario, no está con nosotros en esta cuestión, ha renegado de Cristo y de su obra.

La importancia de este combate y la variedad de los ataques de que nuestra santa causa es objeto, hace que examinemos esta cuestión detenidamente.

5. Posibilidad del milagro y de un orden de cosas más elevado.—Gentes hay á las que el pensamiento sobre algo nuevo produce ya cierto horror; tales son los espíritus gastados, como Pirrón y Pilatos, los disolutos, que tienen miedo de reflexionar y á quienes el hastío del estudio inspira temor por toda especie de descubrimientos; los sabihondos que se admiran á sí mismos, que creen saberlo todo, y que juzgan imposible que haya todavía alguna cosa fuera del círculo de sus conocimientos.

No intentaremos convencer á estas gentes de que el brazo de Dios no se ha acertado, y que, al organizar el mundo natural, no abdicó el poder de intervenir en la marcha de los acontecimientos de un modo extraordinario y milagroso, para ejecutar sus designios de justicia y de misericordia, no obstante la ceguedad, la debilidad y los pecados de los hombres.

Pero tampoco podemos defendernos de una impresión penosa al ver de qué estrechez de miras y de qué mezquindad dan pruebas los que entran en campaña contra la posibilidad del milagro y de una revelación sobrenatural. Que nadie nos critique si decimos que este horror racionalista hacia todo lo que traspasa los límites de lo terrestre,

(1) Lessing, *Ibid.*, 551, 64 sp.

es una verdadera vergüenza para la naturaleza humana. El pensamiento en un orden de cosas más elevado, en algo que está fuera de nuestro horizonte, ¿es, pues, tan difícil de concebir? No exigimos que el hombre, con su menudada inteligencia, comprenda la inmensidad de lo sobrenatural; por lo contrario, hasta llegamos á confesar que es imposible.

Pero ¿quién da á nadie el derecho de negarlo, únicamente porque no es cosa que pueda tocar con sus manos ni que pueda entrar en el círculo de sus ideas? ¿Y quién no ve que es una prueba de la debilidad de nuestro espíritu y del mal estado de nuestro corazón, no querer admitir que pueda haber cosas superiores á nuestras fuerzas? ⁽¹⁾ ¿Quién no es de la misma opinión que San Ireneo cuando dice que, proviene de la ceguera y miopeza del entendimiento, el no querer atribuir nada á Dios? ⁽²⁾

No comprendemos cómo puede ser para nosotros un rebajamiento la fe en una Revelación sobrenatural.

Quizás debiéramos pensar que el rebajamiento se encuentra en rehusar hacer esta confesión. Sin duda, el chino, á quien queremos hacer comprender la excelencia de un barco de hélice europeo, sonríe regocijado y piensa en sí mismo: «He aquí bárbaros que ignoran que hace ya miles de años que nosotros aplicamos todo eso á nuestros juncos y de un modo más admirable». Pero ¿qué sabio no se avergonzaría de manifestar una complacencia personal tan limitada y mostrarse tan rebelde á toda especie de enseñanzas? Y, sin embargo, numerosísimos son los que creen haber dicho algo muy grande, cuando rechazan del mismo modo la fe en lo sobrenatural.

No, no es deshonroso someterse á algo más elevado, á lo sobrenatural; no es deshonroso reconocer que el amor y el poder divinos pueden mucho más de lo que nuestra sabiduría, mezquina y míope, jamás hubiese imaginado.

Si Dios no considera deshonroso descender hasta nues-

(1) Irenæus, *Adver. hæres.*, 2, 28, 2, 3, 6, 7, 8, 9, cf. 2, 25, 3, 4.

(2) *Ibid.*, 2, 28, 4.

tra bajeza, menos puede serlo para nosotros elevarnos á su altura. Mas Él ha considerado como un honor, dice Tertuliano, empequeñecerse para engrandecer al hombre. El limitado entendimiento humano llama indignos é increíbles los medios de salvación; mas Dios ha agotado su sabiduría para hacer comprender el misterio de nuestra salvación. Dios ha descendido personalmente hasta el hombre para levantarlo hasta Él. Pero esto no es un rebajamiento, sino una glorificación de Dios. Nada es tan digno de Dios como la salvación del hombre. ⁽¹⁾

Sería de esperar que esta verdad consoladora y sublime arrastrase toda inteligencia, é inflamase de entusiasmo todos los corazones. Pero no es así; por lo que esto es una triste señal del estado del hombre, y, al mismo tiempo, una prueba palpable de la sobrenaturalidad de la salvación, y de la salvación por Cristo. Es esto una prueba irrefutable de que la humanidad no ha inventado esta doctrina. Tanto la obstinación de los discípulos del Salvador en no creer en su Resurrección, terquedad que fué reprendida por el mismo Jesucristo el día de la Ascensión, ⁽²⁾ como la incredulidad de Tomás, son testimonios irrefutables de que los Apóstoles no han inventado esta doctrina; ⁽³⁾ y del mismo modo, la terquedad del espíritu racionalista prueba, mejor que cualquier otro fundamento, que la verdad de la salvación por Cristo no es invención humana, sino gracia divina.

6. Diferentes ensayos para explicar naturalmente el origen del Cristianismo: a) por el paganismo posterior.—No es, pues, un honor, ni para el espíritu, ni para el corazón de nuestra generación, el que los adversarios del Cristianismo recurran á cosas imposibles, sólo para despojar á esta religión de la gloria de la novedad y de lo sobrenatural.

(1) Tert. *Adv. Marc.*, II, 27.

(2) Marc., XVI, 14.

(3) Greg. Mag., *In Evang. hom.*, II, 26, 7, 29, 1. Bernard., *Super Missus hom.*, 11, 12 (Agustín) *App. Serm.*, 162, 1.

Unas veces atribuyen la completa victoria del Cristianismo á la casualidad ó á una suerte increíble; ⁽¹⁾ otras es la fiebre de la época, la investigación de lo absurdo, lo que ha producido al Cristianismo; ⁽²⁾ y otras aún, se explica su nacimiento en razón á que, en la época en que nació, las necesidades del corazón eran más numerosas que las del espíritu ⁽³⁾ ¿Qué hubieran pensado los antiguos de semejantes explicaciones? Seguramente lo que piensan los mismos inventores de ellas; se hubieran contentado con dibujar una ligera sonrisa. Haremos como ellos, y continuaremos nuestro camino. Los cristianos de los primeros siglos sufrían la muerte en masa y debían constantemente defenderse del reproche de que proclamaban una nueva doctrina, y, por consiguiente, una doctrina falsa y no permitida; ⁽⁴⁾ y hoy debemos vigilar para que nadie vea en nuestra fe otra cosa que una nueva edición de las doctrinas de la antigüedad, ó un corto resumen de lo que el paganismo sabía y había preparado de mucho tiempo atrás. En cierta época, algunos sabios cristianos creyeron hacer un servicio á nuestra causa, mostrando cómo los más profundos misterios de la Revelación del hijo de Dios existían á la letra en la antigua ciencia y en el culto constante de los paganos. No caían en la cuenta de que, al obrar así, hacían superflua la obra de Jesucristo, y la despojaban de su carácter sobrenatural. Hoy, los enemigos del nombre cristiano se han apoderado de sus trabajos y, por esta brecha, se han lanzado al asalto del Santuario. «Gracias á los progresos de la antigua civilización, dicen, la noción, desde luego tan imperfecta, del ser divino, de tal modo se purificó en los últimos tiempos del Paganismo, que el Cristianismo, con su doctrina sobre Dios, no sólo no ha tenido que añadirle nada, sino que debe considerarse como

(1) Renan, *Marc-Aurèle*, 629.

(2) *Ibid.*, 490 sp.

(3) *Ibid.*, 652.

(4) Act. Ap., XVII, 20. Tatian., *C. Græc.*, 13. Arnobius, 2, 66, 69. Tertull., *Apol.*, 19. Clemens Alex., *Protrep.*, 1, 6; cf. *Strom.*, 6, 6, 41. Eusebius, *Præp. evang.*, 1, 2.

el resultado de ese largo perfeccionamiento del Paganismo».

No es necesario contestar á esto, pues la Historia ya ha dado la debida contestación. Ya en los tiempos apostólicos se reconocía al Cristianismo por las contradicciones que por todas partes se levantaban contra él. ⁽¹⁾ Este signo distintivo le pertenece todavía. Su Divino Fundador dice: «Si fuese del mundo, sucedería lo contrario». ⁽²⁾

Pero, abstracción hecha de esta causa interna, ¿cómo se podría justificar esta opinión por la Historia? ¿Cuál es este Paganismo purificado? Y ¿quiénes son aquellos de los cuales se afirma que purificaron la fe del Paganismo, y qué se ha hecho de ellos?

He aquí desde luego los sofistas, á los cuales parece, como á Protágoras su jefe, que lo mismo puede existir que no existir una divinidad. ⁽³⁾ Admitimos que muchos de ellos no estaban tan agotados y tan fríos como este sabio, amigo de bellas palabras y de discusiones, pero en cuanto á la mejor parte de ellos, como Pródico, no reconocía en los dioses otra cosa que un emblema de la materia nutritiva del pan, del aroma del vino y de los efectos bienhechores del fuego; ⁽⁴⁾ fácilmente puede comprenderse lo que la religión podía ganar con los progresos que el paganismo había hecho en manos de esos supuestos filósofos.

La segunda clase de los que aquí examinamos está formada por Evhemero y sus partidarios.

Éstos son ciertamente la última fuente capaz de purificar una religión. Sin embargo, ya en la antigüedad, Calímaco dió al fundador de esta tendencia el nombre, ciertamente muy merecido, de pregonero público y de buhonero de libros impíos. ⁽⁵⁾ Burlas blasfematorias contra los dioses y contra toda fe religiosa; tal era la religión de aquella

(1) Act. Apost., XXVIII, 22.

(2) Iohan., XV, 19.

(3) Diogen. Laert., IX, 51. Plato. *Theætet.*, 17, p. 162, e.

(4) Sextus Empiricus, *Adv mathem.*, 9, 18, 39, 51 sp.: cf. Cicero *Nat. Deor.*, II, 42.

(5) Plutarch., *De placitis philos.*, 1, 7, 1.

secta. Verdad es que las antiguas leyendas se prestaban admirablemente á semejantes burlas, pero esto poco importa. Todo su orgullo consistía en desplegar una erudición bien inútil, para rebajar á los dioses al nivel de astutos bribones ó al de puros fenómenos naturales.

En tercer lugar, vienen los estoicos, los cuales, primitivamente, no valían mucho más que los groseros materialistas, pero más tarde, fueron panteístas perfectos, tan vacíos de vida y de fe religiosa como podían serlo gentes de su calaña. Son ellos los precursores propiamente dichos de aquella deificación universal, tan difundida en la época en que apareció el Cristianismo, de esa religión, huérfana de toda creencia en su interior, y sin carácter en la exterior, que se acomodaba á cualquier forma religiosa y quería agradar á todo el mundo.

Finalmente, tropezamos con Epicuro. Ciertamente, y guardada la debida proporción, era éste el más religioso de los filósofos que representaron un papel importante en los últimos tiempos del paganismo. Propiamente hablando, es el padre del deísmo. Por lo menos, creía en una divinidad real y verdadera, si bien la expulsaba del mundo, á fin de que nada tuviese que hacer con los hombres, y para que éstos nada tuviesen que temer de ella. No nos proponemos saber hasta qué punto existía en él la seriedad del pensamiento y de la vida. En cuanto á sus sucesores, no hablaremos de ellos.

Tales son, pues, los cuatro sistemas teológicos en cuyas manos fué depositado, antiguamente en los griegos, el cuidado de la supuesta reforma religiosa. Todo podían aprenderlo de ella los cristianos, excepto la religión—en el supuesto de que hubiesen querido asistir á sus escuelas.—

¿Cuál era la situación en Roma? Aquí hablamos de los puntos de vista religiosos de los supuestos sabios. Entre los romanos, Varrón y Scévola fueron los que en particular se encargaron de la empresa de reformar la religión, como las sectas de que acabamos de hablar lo habían hecho ya en Grecia. El punto de vista en que se colocan estos dos princi-

pales teólogos romanos es casi idéntico al de los estoicos. Distinguen ellos una religión triple: La de los poetas, la del Estado y la de los filósofos, pudiendo cada uno practicar estas tres religiones á la vez. Que lean á los poetas ó que vayan al teatro, ¿porqué no han de encontrar placer en leer ó contemplar las abominaciones de las leyendas populares que se desarrollan ante sus ojos? Cuando el Estado lo exige, sacrifican sin escrúpulo á Júpiter, aunque no crean en él. Pero como filósofos, como hombres instruídos, saben, en lo que les concierne, que Júpiter no es otra cosa que una vana expresión para significar las leyes del mundo que todo lo rigen, y de aquí que, personalmente, aunque se sientan superiores á toda fe, pueden muy bien decir que creen en él. ⁽¹⁾

Así, los filósofos de religión, los precursores de esos velatas religiosos modernos, consideraban como de limitada inteligencia á todo aquél que no tenía suficientemente elástica la conciencia, para que una Venus le convirtiese en helenista y una imagen de la Virgen, en cristiano de la Edad Media.

En verdad que es esta una religión muy cómoda, muy ancha, muy liberal, si no es una amarga burla de la religión, el hablar de ella así. Porque con razón dice Cicerón, que, en estos reformadores racionalistas de la religión, no ha quedado el menor vestigio de religión. ⁽²⁾

Tal era, pues, el estado de las ideas religiosas en los sabios de aquel tiempo. Aquella purificación había dejado á un lado la religión, lo mismo que lo ha hecho el racionalismo moderno. Este espíritu no había penetrado naturalmente mucho en las clases inferiores, lo que, ciertamente, no era un perjuicio; pero, como dice Cicerón, y como lo confirma la Historia, en los últimos tiempos del paganismo, el pueblo ordinario se adhirió, con mucha más tenacidad, salvajismo é intolerancia que antes, á la antigua creencia en los dioses y á todo lo que procedía

(1) August., *Civ. Dei*, IV, 25; VI, 5 etc.

(2) Cicero, *Nat. deor.*, I, 42.